

vaneo del marqués se hubiera puesto en términos de forzar voluntades de otro dueño; y, finalmente, no se viera hoy nuestra casa, ó por mejor decir, la mejor prenda de ella, en tan grande desesperación y disgusto. (Y volviendo de nuevo el rostro á don Diego, con que pareció que á él sólo tocaba lo restante del cuento, discurrió con la misma gracia y dijo): El marqués, vuestro opuesto, desde Alcalá, adonde asiste herido, ha enviado á pedir á mi tío, el conde, su hija Hipólita, y pienso que, sin duda, se efectuará su intento; porque como los padres reparan algo más en la comodidad del estado que en la conformidad del gusto, sin empeñarse en éste no ven que matan á su hermosa hija y rompen en forzarla el báculo de su vejez y el más lucido espejo de sus ojos. No sé hasta ahora en lo que parará, ni menos si las lágrimas de Hipólita han de mudar la aprensión que, como buenos catalanes, han hecho en su primero parecer. Ella está sobre cena en aquestos discursos, y así, con vuestro gusto, será bien que le avise y que, en el interin, os recostéis en estos jazmines.

## CAPITULO CIII

*Véase don Diego con la hermosa Hipólita, cuyos favores para siempre le dejan prendado y más agradecido.*

CON tanto, habiendo los caballeros besado antes y después las manos á aquella dama, quedando en la mayor confusión que nunca tuvieron, repitiendo tan varias y notables cosas. Decía don Diego á don Fadrique, no con pequeño gusto:

—Hermano, ¿qué Hipólita es aquesta? ¿Qué conde catalán, qué casamientos son estos en que estamos metidos, qué máquinas y ambages nos rodean? Yo de mí sé deciros que aunque tan grandes cosas me han suspendido y aun alborotado, soy de tan buen contento, que sin duda me hallara satisfecho con la dama que he visto, si bien me ha parecido que fuisteis el favorecido y aun el mejor mirado.

Rióse á esta razón notablemente don Fadrique, y respondió al hermano:

—Pues sois ya medio conde, ó al menos, según veo, para entero os pretenden; y aun sin ser envidiado, ¿no estáis contento? Pues adviértos que de quererlo todo caeréis de ojos en el común adagio, y, por el consiguiente, os veréis sin lo uno y sin lo otro.

—Y eso, querido hermano (replicó don Diego), ¿quién lo niega, ó quién puede más temerlo, vos que, amando á Leonarda, queréis á ésta, ó yo que, sin ninguna, estoy en términos de creer que es comedia este suceso?

—Que no pare en tragedia (replicó don Fadrique) habemos de estimar, pues ya el marqués ha hecho los principios.

—Serálo para él (prosiguió don Diego), porque, á decir verdad, saliendo cierto lo desta Hipólita, por hacerle pesar he de tomar su empresa, pues ya os acordaréis que aquella noche así nombré á su dama.

—Bien me acuerdo (dijo el hermano), y aun ahora caigo en que el pasar nosotros tan continuamente aquesta calle, á ver nuestro deudo don Fernando, dió ocasión á la sospecha del marqués y aun motivo al favor que hoy nos hacen, y al pasado de la banda y lenzuelo, con que no fué mucho yerro empeñarse.

—Disculpa su locura y trato descortés (respondió don Diego) y cese su castigo con lo hecho; y si os parece, vámonos.

—Ni tal he imaginado; antes, concluyendo la plática (replicó don Fadrique), estoy de acuerdo que, aunque faltando á las cosas de mi gusto, no se deje este lance un solo punto.

Y en este mismo interrumpió sus razones el ver gente en la reja; y así, acudiendo á ella, demás de la dama que primero vieron, hallaron

otra que, para encarecella sin hipérbolos, no tengo que decir más sino que á don Fadrique se le antojó fea en su comparación su querida Leonarda, y á don Diego bosquejo y sombra oscura la que poco antes le había parecido una deidad.

Hiciéronse unos y otros cortesía; y anticipando don Diego su razón, encareció con ella sumamente el favor que le hacían, agradeció discreto la perseverancia de su fe, dió, en cambio, igual reconocimiento y mayor humildad, y finalmente, ofreciendo un inmortal amor, prometió morir ó arrestar sus deudos, sus amigos y vidas porque ella no recibiese fuerza, aunque en todo no interesase más que su servicio; y pasando adelante en el particular de sus billetes, favor de sus prendas y en el gusto con que las había defendido, al nombrar el marqués se suspendió su plática, porque la hermosísima Hipólita, que era la misma con quien él hablaba, entre tristes suspiros se la atajó diciendo:

—Cuatro años ha y más, buen don Diego, que ese hombre aborrecible me pretende, digo, ronda estas calles, estas puertas, guarda aqueste jardín, estas paredes, persigue á mis criados, molesta á mis amigos, es sombra de mis pasos y hoy, finalmente, mi última desdicha, sin haber animado con causa alguna, ni aun con mirarle sólo su atrevimiento, ó á la contraria suerte de mi vida, la cual durará poco si el cielo no reduce ante mis padres y vos no me amparáis con

vuestro valor; seguro de que, haciéndolo, hacéis lo que á vos toca, y pagáis parte de lo que en muchos días me cuesta vuestro amor, y últimamente, las opresiones que ha padecido el alma imposibilitada de descubrirle, y cuando pudo, el temor y vergüenza de ejecutarlo. Ya lo más está hecho; y yo soy y he de ser vuestra á pesar del mundo; el marqués me ha pedido y no lo he arrosado, antes dilataré el tiempo que á vos os pareciere mi respuesta, hasta que se prevenga otro remedio y el consuelo que mediante esta vista y su continuación será más llevadero.

Con aquesto cesando y confiriendo cosas tan arduas, en el interin que don Fadrique metió entre dos aguas y con desiguales efectos ó ya otras semejantes razones, don Diego, alegre, satisfizo de suerte á la gallarda Hipólita, que ella quedó más firme y más pagada; y encargándole la correspondencia de su hermano para con su prima, exagerando su rico y grande empleo, unos y otros se despidieron hasta la siguiente noche; en la cual, y en otras muchas, teniendo ya don Diego la llave del jardín, fué fomentándose en él y en su dama tal voluntad y tan valiente amor, que primero los dividió la muerte que su fuego encendido se consumiese.

## CAPITULO CIV

*Sucédele á don Fadrique, yendo á ver á Leonarda, otro notable caso.*

ESTANDO don Fadrique tan prendado como ya habéis oído, mal podía la hermosura de Laura (que así era el nombre de la prima) ser menos que engañada; y así él, con el primero dueño, gastaba las más noches; y su hermano, fingiendo achaques, disculpaba y suplía sus faltas; con que por esta causa, á su pesar, les era fuerza el dividirse; pero por no alejarse tanto el uno del otro, mudaron casa, tomando, de las muchas que se iban labrando arriba de San Luis, una de maravillosos edificios, cuartos y grandeza.

Ya en este tiempo, averiguada la verdad del caso y presentándose, andaban en fiado; mientras sus enemigos, desterrados y heridos, trataban su convalecencia, y aun vivamente de su casamiento, no obstante que las dos primas lo contrastaban fuertemente. También Leonarda apretaba su amante, tanto porque su abuela, enferma y vieja, temiendo dejarla sin estado, trataba de dársele, cuanto por la fuerza que su amor la hacía; á que tampoco, no faltándole causas, nuevas excusas y dilaciones, don Fadrique, lleno de amargos pensamientos, suspendía el fin último. En este estado estaban los negocios, y los her-

manos tan bien quistos y amados, que no había que temer sus enemigos; y así, con tal seguridad, cada cual tiraba á solas y como le parecía á sus cuidados.

Era el fin del invierno, tiempo lluvioso, noches largas y oscuras; y por la parte que don Fadrique andaba, lo antiguo de Madrid, y aquellos barrios de San Pedro, aun de día, solos, y por el consiguiente, á deshora, temerosos y ocasionados. Una noche, pues, de éstas, en quien todo lo dicho parece que ayudaba, bien sin recelo alguno, siendo ya hora de verse con su dama, venía don Fadrique acercándose al puesto, para lo cual, primero era preciso atravesar una angosta calleja; y así, yendo por ella, al revolver la esquina, de repente se le puso delante (y no menos que en la puerta de un caballero deudo y amigo suyo) un vestiglo espantoso, tan alto y tan disforme, que tomaba su espacio desde un alto balcón, adonde tenía arrimada la monstruosa cabeza, hasta el mismo suelo. El caso, por cierto, era para turbar á un escuadrón de gente, cuanto y más á un hombre; y así no sería mucho que en don Fadrique causase algún pavor tan impensado encuentro. Contaba el animoso caballero que al principio le tuvo, no sólo perdidísimo, sino que el mismo aire, que en canalado rimbombaba por aquellas angosturas, se le había antojado bramidos roncós de algún fiero volcán; y que sin poderse tener en los turbados pies, le convino

sentarse en el primero umbral; y aunque, sin duda alguna, se volviera si su vergüenza misma y otras consideraciones piadosas y cristianas no le hubieran animado.

Y fué así realmente; porque ya recobrado en parte y quieto el pecho, como si verdaderamente se le hubiera infundido un nuevo espíritu, se levantó dispuesto á morir ó saber lo que aquella sombra buscaba; y aun siéndole necesario su favor ó ayuda dársela fielmente. Parece que esta resolución nos da á entender que sin duda presumió del suceso alguna aparición ó alma en pena, y el efecto lo dice; porque besando la cruz de su espada, creyendo tal sospecha, comenzó á conjurarla y á pedirle nombre, causa y razón, como espidente del consejo; si bien, aunque en estas diligencias gastó algún rato, ni por eso despertó su silencio; lo cual visto, mudó de parecer; y dejando conjuros y preámbulos, como si embistiera á otro hombre (notable corazón), así arrancó el espada y le empezó á cargar de cuchilladas; y con tan gran rumor golpes y fuerza, que al herir de las piedras y retumbar de los encendidos pedernales despertó la vecindad; abrieron las mismas puertas, sacaron hachas y acudieron algunos criados y con un montante su propio deudo. Con lo cual, conocido don Fadrique y alborotado el barrio y todo puesto en confusión, el resplandor de tantas luces dió entera noticia del horrible fantasma, que era no menos que un crecido venado,

que desde pequeñuelo se había criado en casa, á quien, émulos y contrarios secretos de su amigo, por darle aquel pesar ó por otros intentos, que no es de mío escribirlos, cogiéndole de fuera aquella noche le habían muerto y medio desollado; de suerte que, como le dejaron colgado por los fornidos cuernos de la reja y el pellejo colgando de las piernas, formaba tan desemejada y horrible muestra que, dejando aparte lo jocoso del caso, fué uno de los notables y temerosos que pudieran suceder á hombre, y en quien considerado, nadie puede negar el audaz y valentísimo ánimo de este caballero. El cual, retirándose con su deudo y amigo, y dejando por aquella noche á Leonarda, estuvo en punto de matarse corrido, de lo que otro pudiera preciarse con mucha estimación. Al fin, volviéndose á su casa, por más que se procuró encubrir, sonó el caso de suerte y con tan diferente rostro del que él juzgaba, que apreciándose con general y común espanto, quedó su nombre sobre las estrellas.

#### CAPITULO CV

*Sospechan los desvelos de Hipólita sus padres, y indignados previenen la venganza.*

No pararon, no, en tan graves sucesos los de estos nobles mozos; antes parece que la fortuna no como quiera acaso, sino con particular intento, se los enderezaba y disponía, ya al uno ó y

al otro, deseando sustentarlos siempre en igual opinión; y así parece de los mismos progresos de esta historia, á quien volviendo y en ella á la gallarda Hipólita, que apretada de sus padres estaba en tales términos, que á no andar de per medio el consuelo y la vista de su amante, se hubiera muerto.

Y lo peor fué que de su resistencia y de los continuos paseos de los Mendozas, heridas del marqués, presunción del origen y algún descuido de ojos como los de sus padres anduviesen tan recatados y sobre aviso, fácilmente dieron en la cierta sospecha y aun en la causa de sus inobediencias; porque andando sobre los estribos y hechos vigilantísimas espías, no pudo tanto su hija recatarse que, al fin, no la cogiesen con el hurto y viesen desde otra ventana que le caía encima los conciertos y amores de los cuatro. Pero no alborotándose ni enfureciéndose, cautamente callaron y asegurándolos algunos días, teniéndose por afrentados y ofendidos previnieron el castigo de lo que les tocaba de la puerta adentro y la venganza de los dos hermanos.

No son los contentos humanos menos quebradizos y frágiles, ni las felicidades de esta vida más perdurables; y así parece, que desde hoy por largos días, todas las cosas de aquestos caballeros en alguna manera mudaron forma; porque si á don Diego, ignorante de que estuviesen públicas, se le había ocasionado semejante des-

mán, á don Fadrique no le iba mejor con su Leonarda que de esotro sujeto, como era cumplimiento y desenfado para la más fácil salida de la pretensión de su hermano, no hacía el caso que merecía la belleza y discreción de Laura.

En fin, la vieja abuela de su dama que, augurando su cercano fin, deseaba, según dije, acomodar su estado, habiéndole con grandes conveniencias y secretas particularidades trazado y dispuesto, como en su cumplimiento faltase el sí de Leonarda y ella lo suspendiese y rehusase con claridad y veras, no así con suavidad la ansiosa abuela (cuya condición era terrible) persuadió á su voluntad, mas con rigores y violencias tan grandes, que no sólo llegó á ponerla las manos, á quitarla las galas, á moderarle su regalo, sino que, como si realmente supiera el consuelo que estos trabajos tenían de noche con su amante, sin pensar el provecho que daba á sus intentos, se lo quitó encerrándola; con que, apretando imprudente el arco, se le hizo romper y atropellar por todo, acogiéndose como mejor pudo con unas deudas monjas á un convento.

Ya días antes don Fadrique había entendido de aquella doncella, primera exploradora de su afición, estos aprietos, y con iguales penas y sentimientos confería con su hermano el remedio; el cual, viéndole en tal estado, aunque sentía honrosa y cuerdamente (por los achaques que habéis oído) su remate y perdición, al fin,

como le amase tanto, hubo de convenirse, en que ya que se hiciese, fuese con gusto de su padre, ó disculparse el inconveniente secreto con el gran mayorazgo y hacienda libre que heredaba Leonarda, que todo junto era un dote tan rico y poderoso, que bastaría á contrapesarle y escurecerle.

Este último acuerdo aceptó don Fadrique; si bien antes de ejecutarle, para alivio de su affigido dueño, quiso dársele á entender por el medio que he dicho, mas fué á tiempo que Leonarda la misma tarde había prevenido su fuga; y así, no obstante que por tan grave causa estaba la casa bien alborotada, él tuvo papel de ella y aviso cierto de su asistencia, porque de todo dejó bien apercibida á su secretaria. Con lo cual, creyendo en don Fadrique sus desvelos, nuevamente empeñado se volvió á su posada, adonde, habiendo de acompañar á su hermano aquella noche, hallándole que encima de su lecho reposaba hasta la más conveniente hora, él se fué á hacer lo mismo.

## CAPITULO CVI

*Portentoso suceso de don Diego de Mendoza.*

TENÍA, según he dicho, de verse con su dama don Diego; y como para el efecto de su amor conviniese, hasta tanto, el no desengañar la prima, una vez que otra esperaba á su hermano

para que sustentase la traza. Sería entonces más de media noche, por quien en silencio profundo reposaba su gente, y asimismo el cuidadoso don Fadrique; y con ser el tiempo que aguardaba don Diego, aún todavía dormía; hasta que en este mismo término de su pesado sueño le despertó una terrible voz, que haciéndole todo estremecer, le llamó por su propio nombre.

Al principio, aunque el buen caballero se sintió alborotado (no obstante), lo quiso atribuir á fantasías del sueño; y así, tratando de volverse de otro lado, la temerosa voz, tornándole á llamar, le privó de reposo. Abrió los ojos, y miró por la cuadra; y aumentándose su admiración, esperó suspenso en lo que paraba, porque aun hasta entonces se presumía engañado de su propio desvelo; mas sacóle muy presto de esta duda el oír que más acercándose á su cuarto volvía á llamarle la afligida voz; con lo cual, intrépido y gallardo, tomando una rodela y una espada, se puso en pie, y abriendo otras dos puertas salió á un anchuroso corredor, en quien mirando á todas partes, en lo mas sombrío y oscuro de él, vió un hombre, á su parecer embozado y vestido de negro, el cual, sacando la mano, le hacía señas para que se acercase á él; si bien hubiera sido semejante diligencia excusada, pues de su amigoso espíritu podemos confiar le embistiera, aunque le acompañaran otros cuatro, si al mismo punto que salió de su cuadra y llegó á mirarle

no le hubiera asido de cada pie una rémora, y de la lengua y labios un candado, que impidió su respuesta; y así, no pudiendo moverse, ni aun arrancar la espada de la vaina, no obstante que por su remisión se le acercaba aquel hombre, quedó hecho una estatua.

De aquí se advertirá bien claramente cuán frágiles, cuán miserables y apocadas se muestran, en semejantes casos, las más robustas y varoniles fuerzas, y, por el consiguiente, cuán bárbara locura emprendieron los ciegos fundadores de la Torre de Babel, pues un breve resquicio, un asomo, una sombra permitida del cielo, rinde, atemoriza y encadena el valor y las monstruosas fuerzas de un mozo tan gallardo y valiente, como del progreso de esta historia queda visto. Al cual, habiéndose acercado el que le llamaba, tomándole sin poderlo estorbar por una mano, lo hizo andar fácilmente, mas con tan extraordinarios sentimientos, que apenas le tocó cuando se le antojó que le hubiesen metido en un lago de nieve frigidísima; tal fué aquel horrible tacto, y tan penetrante y sutil su frialdad espantosa. Esto le hizo tirar para sí el brazo, y como uno que se va desmayando, rociándole con agua se alienta y vuelve en sí, así á don Diego le pareció que desarraigada del corazón y el alma, aquella su primera turbación, había el postrado espíritu animádose; con que, advirtiendo mejor en su compañía, haciendo mella á una pequeña

pausa, al cabo le preguntó quién era y qué buscaba, y juntamente mirando el temeroso rostro, triste, macilento y lleno de sangre, atendió á su respuesta, que fué decirle:

—No es este el lugar, noble don Diego, en quien se me permite daros esa razón; seguidme, que en vuestro ánimo hay fuerzas para todo; demás que ha largos días que está destinado mi remedio á vuestras manos.

—Pues en buen hora (replicó el caballero). Guiad donde ordenáredes, que siendo así, desde luego os ofrezco mi ayuda, y sed quien vos quiéredes.

No replicó aquel hombre á tal resolución; sólo bajando la cabeza, agradeciéndola, comenzó á caminar hacia una espaciosa escalera que descendía al patio, en cuyo descanso estaban los aposentos de su hermano. Y así, habiendo hasta ellos abajado, al atravesar por delante los detuvo el ver que don Fadrique, á la luz de una vela con que le alumbraba un criado, salía abrochándose las cintas de una cota. Repararon en viéndose unos y otros, y diciendo don Fadrique que por juzgar que era hora iba ya á llamarle; sin responderle su hermano, se apartó con el hombre á un lado, y haciendo señas á los demás para que se retirasen, les dijo en voz baja:

—Ya véis aqueste inconveniente, y el caso que me espera lo es tan grave que si no es ordenando vos otra cosa me sería penosísimo el dejarle.

—Pues no vengo á affigiros (prosiguió aquel asombro), antes seré contento que mi negocio se quede ahora, no obstante que los minutos breves son y serán, para mi triste pena, eternos siglos; yo os veré en ocasión; id á la vuestra, si bien mucho os encargo miréis por vuestra vida y que advirtáis gravísimos peligros que os rodean. Y diciendo aquesto, con un suspiro triste, abriéndose las losas de aquel suelo, se dejó entrar por ellas, quedando el buen don Diego tan absorto á las razones últimas, y al mirarle partirse, que si á su gran tardanza no saliera su hermano, hoy se estuviera en el mismo sitio. Mas como en el turbado rostro conocía otra mudanza, y en el hallarle tan de improviso solo algún recelo, no quiso dejar de preguntar la causa, si bien por entonces la dilató don Diego; y viendo que la hora de su concierto se pasaba, aunque el ejecutarle en tan turbada noche le tuvo algo dudoso, al fin, considerando que en ella se había de resolver el sacar á su dama (según lo tenían dispuesto), se acabó de determinar; y así, haciendo bajar de su aposento un fuerte jaco, en el interin que se le vestía mandó que se armasen también otros dos criados, novedad que en don Fadrique acrecentó su pasado deseo, y de quien, en saliendo á la calle, le sacó su animoso hermano, contando el suceso y juntamente el apercibimiento de las últimas palabras con que se le había desaparecido aquella sombra.



## CAPITULO CVII

*Véanse los dos hermanos en un grave peligro.*

COMO en los dos caballeros había tan grandes corazones, ni don Fadrique hizo más que admirarse al caso referido, ni don Diego otra cosa más de la concertada. Llegaron al dar las dos al postigo que he dicho, y habiendo reconocido seguridad bastante en el contorno, le dejaron abierto y en su guarda á los dos criados, que eran hombres de satisfacción, cual convenia, y, con tanto, acercándose á la reja, hallando á sus dos damas, dieron principio á su amorosa plática y al prevenir el modo que habían de tener en sus resoluciones.

Porque, aunque Hipólita deseaba excusar la fuerza en sus padres, y el temor que por otros indicios nuevamente tenía, quisiera que esto se guiara por medios tan suaves, que ni su honra corriese detrimento, ni la vida de su amante peligro, había hallado en su padre otra mudanza, menos buen rostro y aun recatarse de ella, tratando con secreto algunas cosas; y así mismo, que había hecho venir dos ó tres deudos de Cataluña por la posta; y todo aquesto, causándola aficción, la traía suspensa; como, por otra parte, á su hermosa prima las tibiezas de su fingido amante, sospecha que también ayudaba mu-

cho á la indeterminación de Hipólita, ya que no se acabase de resolver en la orden que daba su galán, que era el hacer saber su notoria fuerza á quien la depositase en parte más segura, para que libremente eligiese su esposo.

En fin, dando y tomando pareceres, sin asentar ninguno, estuvieron gran rato, hasta que de improviso suspendió sus razones el ver que con gran ruido abriéndose una puerta que del cuarto salía al jardín, se arrojaban por ella cuatro hombres, que en un punto, y casi no dándoles lugar á abrazar las rodela, los embistieron rabiosamente, y con tanto silencio, que si no era el sordo estruendo de sus golpes y algunas voces de las hermosas damas (señal que también ellas tenían en su modo castigo), no se oía otro ruido. Bien juzgaron los dos buenos hermanos cuán grave inconveniente les sería concluir allí dentro la refriega; y así, para excusarle, con gallarda destreza se fueron retirando y sacando pies.

Era aquel accidente muy á pedir de boca para sus enemigos, porque ignorando la nueva prevención de los Mendozas y los dos criados, que tan fuera de su costumbre los guardaban con aviso prudente (si les hubiera sucedido así) tenían también dispuesta su salida con otros cuatro hombres, y librados en ellos la venganza y castigo de sus contrarios, que, como ya advertí, retirándose al postigo aun antes de llegar á él, oyeron de la parte de afuera semejante rumor, y

ello era así verdad, porque los cuatro habían á un tiempo embestido á sus dos criados; aunque como ellos fuesen personas de honra, hacían, sin desamparar la puerta, notable resistencia.

Llegaron á este tiempo los dos hermanos al peligro mayor, que era salir sin dar á espalda por tan grande angostura; mas haciéndoles cara don Diego, y dando un recio encuentro con su hermano, su fuerza le sacó á la calle; y ejecutando él con gran tiento lo mismo, poniendo allí el resto de su valor, y porque siendo tantos y tales, saliéndose tras de él, no fuese mayor su riesgo; á su pesar, con ánimo increíble, firmando fijo el pie, los tuvo á raya; y diciendo á don Fadrique que ayudase á su gente (en el interin que obedeció gallardo), el buen don Diego defendió el postigo, y tan valientemente, que sin duda les hallara allí el día que le saliera hombre. Mas en aqueste punto, en quien, ya con ayuda de sus criados, y no sin gran trabajo, llevaba don Fadrique á los contrarios de vencida, y de suerte que sacándoles de aquella calle, podía en la retirada temerse su desdicha; considerando los que quedaban en el huerto, que á mayor dilación acudiría gente, que excusase su venganza; aunque hasta entonces deseosos de encubriarla y ejecutarla á su salvo, no se habían valido de otras armas; visto que ya el secreto era imposible, abandonándose infamemente, dispararon en el valiente mozo dos cargadas pistolas; que aunque, per-

mitiéndolo Dios, sólo la una le hirió en el brazo derecho; la bala de la otra le acertó en la fuerte rodela, con tan grande furor, que si bien sus aceros resistieron el golpe, él fué tan poderoso, que como si le hubieran tirado un morterete, así le echó á rodar por aquel suelo, en quien desembarazada la salida, rodeado de sus enemigos, es sin duda que primero muriera á sus manos que se levantara; si á tan triste sazón, no se les opusiera impensadamente un hombre que le defendió con tan maravilloso esfuerzo, que pudo á su pesar, aunque ya muy mal herido, recobrase don Diego y darles una terrible carga. Al principio de tan buena ayuda, con el desatiento de la caída y el cuidado del peligro presente, presumió que su hermano era el que le favorecía; mas viéndole á este punto llegar con sus criados, salió de aquel engaño.

#### CAPITULO CVIII

*Cuéntase el fin de este fracaso y lo más que les avino.*

DEJABA don Fadrique, aunque á costa de algunas heridas, en declarada fuga, á los que le tocaron; y no así se le fueran sin mayor estrago si el estampido de las dos pistolas no le hiciera volver, juzgando algún grave peligro en su querido hermano; que ahora con socorro tan bueno, de tal suerte embistió á los que tan alevosamente